

EL TIFUS EN MADRID

La Prensa periódica viene estos días llamando la atención de los Poderes públicos sobre los peligros que en Madrid corre la salud del vecindario con la existencia en la capital de España de la *fièvre pequetual*; y aunque no existe todavía motivo serio para alarmar a nadie, pues la dolencia se encuentra casi aislada, habiendo tenido felizmente muy poca fuerza expansiva, debe avisarse a todo el mundo de los riesgos y contingencias posibles, y muy particularmente al Gobierno, para que se adopten aquellas medidas que alejen todo temor, a la par que se informa a la opinión de la verdadera naturaleza del mal.

Fijarse solamente las autoridades en ese enemigo que ha empezado a rebullir en los barrios más populosos y pobres de la ciudad. Hace más de un año que el *tifus del hambre* prendió en Madrid y ha estado latente y como dormido todo el invierno, para estirarse y dar señales de vida al compás que se hinchaban las yemas de los árboles bajo los rayos despertadores del sol primaveral. Es preciso desarmar contra ese enemigo todas las energías de la higiene, todos los medios de la ciencia, todos los recursos del saneamiento; hay que destruirlo en absoluto ahora que es pequeño, si es que se quiere librar a este vecindario de una azote terrible, de una plaga devastadora, de una epidemia mortal; porque ese hésped siniestro aparecido furtivamente y entre harapos en un barracón de mendigos, en una cueva de pordioseros o quizá en el zaguami infecto y miserable del pobre obrero sin trabajo, trae en sus entrañas la peste, el arma asoladora que destruye rápidamente las familias y diezma las ciudades.

El *tifus exantemático* es una enfermedad que toma fácilmente la forma epidémica, y su azote es de las más crueles y mortales que puede sufrir una población. Nacido de la miseria, producto del hacinamiento, resultado del desaseo y de la falta de higiene, el *tifus del hambre* se comporta casi siempre en un principio, en su aparición, de manera insidiosa, artema y traidora; parece una enfermedad insignificante, fiebre de emanación que sólo se ceta en el desvalido, privilegio del menesteroso, con poca fuerza de difusión, que mata al que toca, pero toca a pocos; así, sin ruido, sin alarmas ni estrépito, va sembrando su mortífero virus por todos los ámbitos de una ciudad, hasta que de golpe, de la noche a la mañana, por cambio tónico, inesperado que favorece su desarrollo, hace explosión, y entonces, aceras enteras, sin dejar huecos, son invadidas, barrios de cuajo son asolados, y faltan médicos, y faltan hospitales, y falta asistencia, y faltan medicinas, y falta todo, y hasta faltan brazos para enterrar a los muertos!

Y no se tomen, porque tal peligro se mire hoy cual idea sin realidad, como hipótesis alarmistas, estas palabras. Unos cuantos datos estadísticos, los bastantes solamente para apercebir a todo el mundo de la posible catástrofe, tendrán más fuerza de convicción que cuantos avisos de la extrema prudencia vigilante. Gaultier afirma que en Gaita, de 400 ataques del *tifus* murieron 300. Según Gilles de la Tourette, después de la batalla de Leipzig (1813), las tropas que se refugiaron en Torgau fueron invadidas por el *tifus exantemático*, el cual se difundió por la ciudad, matando de 26.000 hombres de la guarnición a 14.000 y a una tercera parte de los habitantes. En Amberes, durante el bloqueo de 1814, sucumbieron a tan terrible epidemia más de la mitad de los enfermos; y en Mayence, de 60.000 atacados murieron 25.000. Huyendo de los desastres de Moscú llegaron los restos del ejército francés a Wlma; el *tifus* se declaró entre los desfallecidos soldados, y de 30.000 enfermos murieron 25.000, más 8.000 habitantes de la ciudad que se habían contagiado por el trato con la tropa.

En las campañas napoleónicas y en la guerra de Crimea la mortalidad de los *tifos* ha sido de un 50 por 100 de los atacados. El gran epidemiólogo Griesinger marca un 20 por 100 de mortalidad. La estadística de Murchison, hecha en el «Pever Hospital» de Londres, a un 20,89 por 100. La mortalidad en el Hospital Moabit de Berlín, publicada por Curschmann, sube a un 23,4 por 100. Dardignac observó en Francia, en 1893, una epidemia de *tifus pequetual* que alcanzó la enorme cifra de mortalidad de 36,3 por 100; y Peakcock en la «Infirmary» de Edimburgo, perdió 114 enfermos de 748 atacados. ¿A qué escribir más números? Con los apuntados bastan y sobran para que la opinión se dé conciencia de la importancia del riesgo.

En España es desgraciadamente muy conocido y de antiguo el *tabardillo pintado*, ó *febris castrensis pequetialis*, ó *tifus carcerum*, ó *febris náutica*. Nuestros escritores médicos clásicos han dedicado en sus obras capítulo preferente a la descripción y tratamiento de esta enfermedad, y notorias son sus epidemias de *febris hungarica* esparcidas por la Península, por los pelotones de soldados de Flandes, que en el siglo XVII volvían a España. Si bien es verdad que hasta Hildenbrand (*Du typhus contagiosus*, &c., París, 1811) el *tifus exantemático* no ha ocupado su verdadero lugar en la epidemiología científica.

Que el *tifus* de la miseria sea una enfermedad infecciosa, no hay hoy ya nadie que lo ponga en duda; como tal se comporta y a la infección responde su cuadro clínico y su aparente manera de contagio. Pero el agente vivo que lo produce, el microbio que lo ocasiona, aún no ha sido descubierto por los investigadores. Morau y Cochez, en 1888; Hlava, en 1889; Yewaschew, en 1892; y Dubief y Brühl, en 1893, han creído encontrar, ora en la sangre de los *tifos*, ora en las vísceras de los muertos de *febris pestilentes*, el buscado microorganismo del *tifus exantemático*, sin que hasta el día haya podido resolverse este problema, como no ha po-

dido resolverse aún el de la viruela y el de la rabia; habiendo sabios como Oxney, que sostienen que los enfermos del *tifus* presentan su sangre libre de todo agente microbico especial.

Sea de esto lo que quiera y sostengase por los clínicos la hipótesis de Kelsch, suponiendo que el *tifus pequetual* es producido por uno de los microbios que ordinariamente vive como habitante inofensivo en nuestro propio cuerpo, el cual cobraría en un momento determinado y por causa especialísima las condiciones de virulencia necesarias para producir la enfermedad, es lo cierto que en cuanto a la parte práctica de cómo se verifica el contagio, casi todos los epidemiólogos están conformes en que éste tiene lugar por contacto directo con enfermo, ó con la atmósfera del enfermo, ó con las ropas del enfermo.

El *tifus exantemático* es una de las enfermedades más contagiosas que se conocen; pero el contagio no se verifica por el agua ni por los líquidos, cosa que le distingue de la manera de propagación de la *fièvre typhoïde* ó *tifus abdominal*, con el cual no se le debe confundir. Aunque muchos autores sostienen que el contagio de la *fièvre pequetual* puede verificarse por la piel y por las vías respiratorias, sólo este último camino puede aceptarse como único y racional para la penetración del virus *tifoso* dentro del organismo. La piel es el órgano eliminador del agente, como lo es para la viruela, para el sarampión y para todas las fiebres eruptivas, y mal puede ser vía de entrada aquella que sólo es trocha de salida.

Indudablemente es el pulmón por donde se verifica la infección; por lo menos así lo atestigian infinidad de casos de irrefutables testimonios; el mecanismo parece bien fácil. Un enfermo de *tifus exantemático* elimina por la piel los esporos ó semillas causantes del padecimiento; estas semillas, por su poco específico, flotan en el aire alrededor del paciente (las que no quedarán adheridas a sus ropas), concluyendo por depositarse sobre las prendas de la cama y sobre los muebles y objetos inmediatos. Un individuo sano que respire esa atmósfera está en contacto ya del agente del *tifus*, y podrá contagiarse de la enfermedad. Las ropas del enfermo, las piezas de su cama y los muebles infectos pueden transportar el virus letal a distancia; de aquí la facilidad y frecuencia con que las lavanderas y los tratantes en ropas de los apastados padecidos a su vez el *tifus epidémico*. Y las paredes y suelo de la habitación donde exista ó haya habido un contagiado, poseen por largo tiempo el poder de difundir el terrible mal, como no se les desinfecte por completo.

Por eso, la higiene más elemental manda que las ropas y prendas contaminadas sean cuidadosamente mojadas en una solución de sublimado corrosivo al 1 por 1.000, cuando no haya manera de desinfectarlas por la estufa, pues el calor entre 100 y 112 grados es el mejor procedimiento de desinfección para estos casos. Y ordena también que los muebles intraludables, las paredes, el techo y el suelo de la habitación, sean frotados en todas sus partes con miga de pan tierno, la cual se quemará en seguida, y después fregados con la solución de cloruro mercurio antes dicha, no bastando en estos casos las pulverizaciones del líquido antiséptico que ordinariamente se hacen en la práctica de la desinfección.

Los cuatro enemigos del *tifus exantemático* son el sol, el aire, el aseó y la cocina, y los auxiliares poderosos de la terrible dolencia son la oscuridad, el confinamiento, la tristeza, el alcoholismo, los vicios y el hambre. «Donde no entra el sol entra el médico», dice el refrán, y dice verdad; que el sol entre en todas las viviendas, que el aire barra con su salufitor escoba todos los dormitorios, que el agua abrillante todos los cuerpos y la puchera humee en todos los hogares, y el *tifus* será vencido rápidamente, completamente, brutalmente.

Ya sabe, pues, el Gobierno de lo que se trata para vencer al enemigo que acecha a Madrid. Es necesario que las clases menesterosas no tengan razón para decir lo que anteayero dijeron en el mitin de los obreros; que la carne en Madrid está más cara que en el pueblo en que más cara está; que el pan de Madrid es el más caro de la tierra; que aquí los alimentos, sobre estar imposibles por su precio, son todos sofisticados, adulterados, faltos y ponzoñosos, y que las casas donde viven los pobres trabajadores son otros insalubres, sin luz y sin aire, verdaderas hergástulas donde pudren sus cuerpos esos infelices esclavos de la miseria. Bien están las disposiciones sanitarias decretadas por la Inspección de salubridad, pero no bastan; hay que hacer más, mucho más, para atajar la catástrofe que puede venirse encima.

Debe girarse inmediatamente una visita de inspección a las escuelas y colegios de Madrid, y el centro que no esté en las condiciones de soleamiento y aereación que reclaman la higiene, debe cerrarse sin contemplación ninguna; que mejor se defenderán los niños en la calle contra el *tifus* que hacinados en un miserable tabulario sin sol y sin oxígeno. Las casas de veco sin sol y sin oxígeno que no resulten ciudad y de huéspedes que no resulten alóje en el acto sin miramiento alguno. Si el señor conde de San Luis quiere dejar su nombre conspícuo en mármoles, métese sin miedo en el viejo Madrid que está pidiendo a gritos la piqueta de la civilización. No olvide que porque Pignavillazón, no olvide de los derribos por telli echó las cuerdas de los derribos tiene una encima de los tejados seculares tiene una estatua de bronce en la heroica Zaragoza, y no olvide tampoco la manera con la que lograron los yanquis limpiar a la Habana de la fiebre amarilla a los dos meses de su estancia en ella; ¿ó es que no hemos de sacar ninguna enseñanza de nuestros desastres?

Los teatros, los cafés, los círculos, todos los establecimientos donde se aglomera la gente, deben abrir sus huecos en ellos horas en que no esté el público en ellos para que el aire los barra y los vivifique.

El *tifus exantemático* se llama también el *tifus de los cuarteles*, porque ese *tifus* lo produce el hacinamiento, el respirar aire usado; y por esta razón al saltar el primer caso de la enfermedad en un cuartel, si es que antes no se toma tan conveniente medida, los soldados deben salir al campo a hacer la vida de campamento, a dormir bajo los techos de lona y a tomar su cotidiano rancho en un pleno día, a los rayos del sol, que esa es la vida más sana para cuerpos juveniles y más esforcada para almas de guerreros.

Con este y con poner tablas reguladoras de carne y de pan; con hacer análisis a diario de los artículos de primera necesidad, apretando la mano y entregando a los fueros del Código a los que conspiran con sus falsedades y truhanerías contra la salud pública; con perseguir sin descanso los vicios y relajamientos de la moral social; con regular la forma y manera de la asistencia a los contagiados, y con evitar, por medio de una policía urbana inteligente y activa, auxiliada por idóneas secciones de higiene, la formación de focos de insalubridad y de infección, habrán cumplido los Poderes públicos con su deber, y habrán salvado a Madrid, y quizá a España toda, de un terrible azote.

SHIRI

VISTAS DE PARÍS

¡Puf, qué tontos fuisteis...!

Los yanquis, por conducto del periódico *American*, echan al vuelo la sensacional noticia. En París ha caído como una bomba. ¿Y cómo ha de caer si de bombas de dinamita se trata precisamente? El enojo de los parisenses lo encuentro justificado. Suponemos que, según cuentan los yanquis, aquel brasileño que París cubrió de gloria llamado Santos-Dumont, se dispuso a partir para Oriente, contratado por el Gobierno japonés, con objeto de «evolucionar sobre la esfera rusa con su aparato volador y exterminarla en un santiamén, arrojando a los navíos rusos bombas de dinamita. Y, ahora, decidme: ¿No os parece ingenua la invención de los japoneses? ¿No reconocéis como justa la indignación del pueblo de París ante la felonía de ese brasileño desgraciado? Miren ustedes que contratasen con el Japón para exterminar a los pobres rusos... Los parisenses lanzan mil anatemas contra Santos-Dumont. Desde hoy ya no figuran en las camiserías los cuellos que llevan su nombre, y que son tan altos que cubren las orejas. Todo París reuerda enfurecido los elogios que prodigó al ingrato brasileño.

Y pensar—dicen un ruso—que a mí me sañieron granos en el cogote por seguir con la vista los movimientos del globo en torno de la torre Eiffel... y ahora nos resulta protector de la raza amarilla; no puede negar que tiene la cara de un chino; ¡puf, qué tanto foll...!

Y yo—murmura una elegante de Montmartre—que hice esfuerzos inauditos para conquistarle; yo, que di una vuelta con él en la barquilla del globo por los Campos Elíseos, y que por disputarme las caricias del inventor me tiró del moño con otra compañera... ¡Y ahora resulta que aquel mal oliente chadillo brasileño quiere concluir con los rusos, con los rusos, que cuentan una numerosa colección de principios galantes y desprendidos... ¡Y todas nosotras, que nos rifábamos a ese mono del Brasil! ¡Puf, qué tanta foll...!

Y nosotras—dicen las plumas de los aduladores reporteros—que confeccionamos mil bombas gatocillas y describimos al detalle todos cuantos movimientos realizaba Santos-Dumont! Nosotras, plumas serviles, que llegamos a convertirle en un héroe de folletín y en el ídolo del pueblo parisense; nosotras que al retratarle en impudentes caricaturas, lejos de decir que es un chadillo bronceado lo presentábamos con la belleza de un Apolo; nosotras que nosotras que trocamos la adulación por el insulto. Porque, ¿cómo van a tolerar aquellos que nos esgrimen que el que adulamos se largue con el Japón para exterminar a los rusos? ¿Por qué no nos quebramos antes que escribir aquellas necedades? ¡Puf, qué tontos fuisteis...!

Y yo, después de oír los anatemas que contra Santos-Dumont dirige París entero, yo, que soy neutral, completamente neutral, y que no veo necesidad, como Henri Rochefort, el peligro de una invasión amarilla, yo, que comprendo claramente la vileza del pueblo parisense, deslucido por la ingratitud del brasileño Santos-Dumont. Yo, no sé si es chato ó narigudo; tampoco sé si su color es cobrizo ni su apostura la de un chimpancé. Pero, ¡qué apóstamos a que si con sus bombas de dinamita consigue destruir los acorazados rusos, todos vosotros, burgueses, distraídos y gobernantes, y vosotros, plumas de adulación, volvéis a retratarlos a Santos-Dumont con la nariz agullena, con la faz sonrosada, con la apostura del Lohengrin vencedor?

Pero ya lo sabéis; los yanquis, con su perversa astucia, se encargan de darlos la noticia. El ídolo que glorificasteis, se marcha a bombardear a vuestros amigos... Y yo, al par que vosotros, exclamo viéndolo partir: ¡Puf, qué tontos fuisteis...!

BENIGNO VARELA.

LAS MEJoras DE MADRID

El *Liberal* llama la atención de las autoridades, ansiosas de buscar trabajo para conjurar la crisis obrera, acerca de la cuestión de los cementerios cerrados al Norte de Madrid.

Tiene razón nuestro querido colega. Después de pasar por una infinidad de trámites ridículos é inútiles; cuando pueblo, concejales, autoridades y todo el mundo, desean la desaparición de aquellas vergonzosas ruinas, no sólo por decoro de los vivos sino por caridad hacia los muertos, pasan días y meses sin que en el asunto se dé un solo paso, y esta vez fuera injusto culpar a los señores concejales, que son los primeros en extrañarse de la paralización de dicho asunto.

Aquí donde todos hacen alarde de respetar *ad pedem litere* las disposiciones superiores, no se cuida nada de que esas disposiciones estén redactadas con sentido común, y éste parece ser el caso actual. Pero el alcalde de Madrid, penetrado ya de la inutilidad de trámites que no son sino la confirmación de los ya realizados, procura, dicen, ver cómo se puede llegar pronto a la práctica de lo que se desea, y tiene razón. Si cuando el Imperio realizó aquellas mejoras tan inmensas que

hicieron de la capital de Francia la capital del mundo, se hubiesen ido las autoridades con remilgos y reparos cual se gastan por aquí, París no sería el París que todos admiramos.

Si se desea dar pan a los obreros; si se desea sanear y hermosear esa parte de Madrid que ha de ser tan notable; si el pensamiento es bueno y los proyectos presentados preciosos; si esas obras han de ser una fuente inagotable, durante años, de trabajo y de hermosamiento, sin gasto alguno para el Municipio, a quien se otorga gratuitamente el espacio necesario para las vías públicas, ¿cómo no se resuelve en el acto, por qué no se ha resuelto ya lo que tanto interesa al pueblo de Madrid?

Secundáremos al marqués de Lema si demuestra el interés que dice tener en la realización de todo esto.

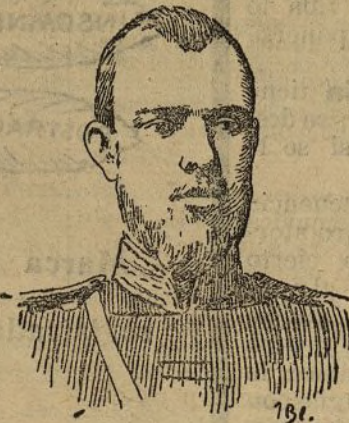
LA GUERRA

Por telégrafo

Nuevo ataque a Puerto Arturo

Londres 28. En la noche del 28 al 27 Puerto Arturo ha sido objeto de una nueva tentativa por los japoneses. Según informes oficiales, a las tres de esta madrugada trataron los japoneses de obstruir la gola de Puerto Arturo. Se acercaron a ella cuatro barcos cargados de piedras, acompañados por ocho torpederos y una flota de 16 barcos de gran porte.

Fueron descubiertos pronto por los vigías rusos, y en cuanto se acercaron los



El príncipe Sergio

barcos cargados de piedras los rusos rompieron contra los japoneses un fuego violentísimo.

El torpedero ruso *Silny* avanzó velozmente al encuentro de los buques mercantes japoneses en cuanto fueron éstos puestos al descubierto por los reflectores rusos y destruyó con un torpedo la proa de uno de esos barcos.

Después se batió sólo con los seis torpederos japoneses.

En el combate perdieron la vida el ingeniero del *Silny* y seis tripulantes y resultaron heridos el comandante y 12 marineros.

Dos brulotes embarrancaron sobre un escollo al pie del monte de Oro. El tercero se fué a pique después de ser alcanzado por un torpedero y el cuarto chocó con los brulotes varados.

Se han encontrado cañones Hotchkiss, de tiro rápido y de una pulgada de cali-



Infantería rusa. Un relevo

bre, con los cuales habían disparado los japoneses sobre los torpederos rusos.

Cada brulote llevaba a bordo una chalupa de salvamento para que pudiera huir el personal.

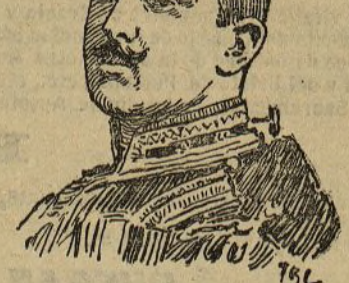
El cañoneo terminó a las cuatro de la mañana.

Entonces el almirante Makharoff subió a un «cuter» para ir a examinar de cerca los barcos echados a pique.

A las cinco de la mañana fueron vistos los torpederos japoneses al Sur de Puerto Arturo y las baterías de la fortaleza rompieron el fuego contra ellos.

La escuadra japonesa apareció a eso de las seis de la mañana, y la rusa le salió al encuentro a las seis y media.

Las baterías hicieron entonces fuego, y el de éstas y el de los barcos de guerra



El príncipe Boris

cesó pronto, porque la escuadra japonesa comenzó a alejarse en dirección al Sudeste con manifiesto propósito de rehuir el combate.

A las diez próximamente había desaparecido del horizonte.

El vapor japonés averiado y los dos que chocaron con él encallaron en la costa de la derecha del puerto y el cuarto naufragó cerca de la costa de la izquierda.—Dabor.

Choque de avanzadas en Corea

Londres 28. El virrey Alexieff telegrafía que el general Mitchenkov envió el 23 de Marzo, a las once de la mañana, de reconocimiento dos sotías (escuadrones) de cosacos, a fin de averiguar qué tropas enemigas habían atravesado el río Tchong-Tchong.

Las sotías divisaron a kilómetro y medio de Pak-Tchien un puesto enemigo de 30 jinetes, quienes al acercarse nuestros soldados fueron reforzados por infantería.

Los cosacos destacaron dos pelotones y abrieron el fuego contra el puesto y la patrulla enemiga, que se hallaban a 400 pasos de distancia. Tras algunas descargas, un oficial, un soldado y un caballo enemigos fueron muertos. Nuestros soldados se retiraron al recibir aviso de que se acercaban más fuerzas de infantería enemiga.

Los exploradores atravesaron Pak-Tchien, que está ocupado por el enemigo.

En la orilla derecha del río Pak-Tchien hay dos compañías y tres escuadrones, que tienen puestos a dos kilómetros del río.

En la ciudad de Anju hay 3.000 japoneses.

Continúan llegando a Chinampo barcos de guerra y transportes que conducen tropas, las cuales, apenas desembarcadas, salen para Ping-Yang, Unsan y Kangue.—Dabor.

Tarjetas postales

París 28. Un telegrama de San Petersburgo anuncia que el nuevo ministro de la Guerra ha remitido a la Mandchuria, para que sean repartidas entre los soldados rusos, millones de tarjetas postales.

Estas tarjetas, que servirán a los soldados para comunicarse con sus familias, llevarán la fecha sin permitir que se indique el punto de procedencia.—Clement.

Voluntarios servios

París 28. Comunican de Belgrado que el Comité ruso-servio establecido en aquella capital, ha dirigido una proclama al pueblo invitándole a formar una legión de 500 hombres que marchen al Extremo Oriente para combatir al lado del ejército ruso.—Clement.

Nuevos armamentos

París 28. El director de la casa Armstrong ha llegado a San Petersburgo para tratar con el Gobierno ruso la venta de cañones y municiones de guerra.

Celebró una larga conferencia con el gran duque, marchando después a Londres a pedir autorización al War Office. Después fijará su residencia en San Petersburgo mientras dure la guerra.

Los representantes de las grandes fábricas alemanas han marchado también a Rusia buscando contratar con aquel Gobierno la venta de material de guerra.—Clement.

Las averías del «Silny»

San Petersburgo 28. Un despacho oficial del almirante Makaroff y otro del virrey Alexieff dan cuenta de cómo se produjeron las averías en el torpedero ruso *Silny*, al encallar cerca de la playa de Monte Oro, añadiendo que puesto a flote pudo entrar en el puerto.

Los oficiales y marineros del *Silny*, al encontrarse cerca de los brulotes, los abordaron con grande arrojo, y cortando los hilos eléctricos, impidieron la explosión de la máquina infernal y que el incendio estallase a bordo de los brulotes cerrando la entrada del puerto.

Los brulotes son vapores de 2.000 toneladas que se hallan en muy buen estado y que el almirante Makaroff se propone utilizar.

Permeos de un ataque

Londres 28. The Daily Mail inserta un telegrama de Che-fu, diciendo que el ataque a Puerto Arturo, en la noche del 27, lo realizó la escuadra japonesa aprovechando la niebla.

La escuadra japonesa que escoltaba a los brulotes se componía de 16 buques de gran tonelaje y ocho torpederos.—Fabra.

LECTURAS PARA LA MUJER

MITIN FEMINISTA

Verdaderamente el anuncio de los periódicos es de gran importancia; por ellos supe yo ayer que la juventud republicana daba una velada feminista, y tuve tiempo de ir a escuchar lo que respecto a nosotras iba a tratarse.

El elegante salón que posee el Círculo republicano es la calle del Horno de la Mata, estaba ocupado por una numerosa concurrencia, en la que se veía gran número de mujeres.

La juventud republicana tuvo una idea digna de aplauso al convocar esta velada, y con exquisita galantería obsequió a todas las señoras con bonitos ramos de flores.

Próximamente a las diez dió principio el acto, en el que no había ninguno de los señores que se había anunciado.

Doña Belén Sárraga, la ya célebre propagandista, está procesada en Málaga, y aunque goza de libertad provisional no puede salir de aquella población.

La señorita Carrasco se vió imposibilitada de asistir por desgracia de familia, y el brillante escritor D. Antonio Zozaya no concurrió al acto. Se leyeron las excusas del Sr. Pi y Arsuaga y la señorita Gustavo.

Esto obligó a los que hablaron a improvisar los discursos, según ellos mismos aseguraban.

Si nada por esta precipitación resultaron bastante medianos discursos más violentos que razonados, discursos de propaganda, que tienen todo el fanatismo de una *fe vueltá al revés*, y que nada resuelven.

Se leyeron algunas cartas, entre ellas una notabilísima de D. Eduardo Benot, y otra breve y graciosa de D. Nicolás Estévez. No es mi memoria fiel para conservar los párrafos de esta última, pero la idea expuesta con el gracejo y el talento del ex ministro republicano se reduce a decir: «Queráis dignificar a las mujeres y hay que empezar por dignificar a los hombres. Tal vez ese mitin feminista resulte varonil, aquí donde de los hombres resultan femeninos».

Sólo una señora dirigió la palabra a las asistentes y leyó una poesía dedicada a España. Se llama doña Isabel G. de la Solana, y no recuerdo bien si es americana o española de corazón ó española de nacimiento.

Su discurso fué una contradicción de los anteriores; propuso la publicación de un periódico

feminista como *La Fronde*, y terminó dando vivas a España, al progreso, etc.

Habiendo de España con encantador lirismo se lamentaba de la incultura é ignorancia de nuestras mujeres, rebujando tanto nuestro nivel intelectual que en más de una señora sorprendí violentas demostraciones de justa protesta. Sin duda ella había formado este juicio oyendo a los otros oradores, que nos pintaban destinadas fatalmente a caer en la mayor de las abyecciones en la venta.

Gran falta de unidad se notó entre los oradores: unos se declaraban francamente feministas, otros renegaban de la religión y del conserario; cuál pedía los derechos políticos para la mujer; alguno la invitaba a la revolución, mientras otros más templados, como el Sr. Latorre, que hizo un bonito discurso, pedían sólo la cultura con completa libertad de conciencia, y la señora Solana bombaba de los derechos políticos.

En resumen, muy hermosa la idea de la juventud republicana tratando de fomentar la educación femenina y darle a la mujer la conciencia de sus derechos.

Muy mal el mitin celebrado con tan buen propósito.

Ni con periódicos de propaganda como *La Fronde*, que ya no existe, ni con discursos pomposos y vulgares, donde en tono declamatorio nos lamentamos de este estado de cosas, se ha de conseguir nada.

Yo fuí a la velada creyendo que se estudiaría seriamente la cuestión y que se propondrían medios prácticos para conseguir el fin deseado. Al salir expuse sólo en tres palabras mi pensamiento.

Una desilusión más.

COLOMBINE

LA DUQUESA DE ALBA

En París falleció ayer la duquesa de Berwick y de Alba, doña María del Rosario Falcó Osorio.

Hija de los duques de Fernán-Núñez, emparentada con las más ilustres familias de la aristocracia española, era la duquesa de Alba el verdadero tipo de la gran dama española. Había nacido en el extranjero y ha muerto en el extranjero.

También la anterior duquesa, hermana de la emperatriz Eugenia, murió en París, y el duque de Húscares y de Berwick y Alba falleció no hace mucho en Nueva York.

Sin embargo, aquella hermosa Rosaríe Fernán-Núñez que fué el encanto del palacio de Corvelión, y reinó luego, como verdadera soberana, en el de Liria, era española por su origen precario, por su corazón y sus costumbres, reuniendo todos los encantos y atractivos que la mujer de más elevada casta puede apetecer.

Su ingenio, su talento y su cultura, su carácter afable, sus costumbres sencillas y su



virtudes, realzaban su hermosura y su belleza. La casa de Alba adquirió nuevos esplendores cuando Rosaríe Fernán-Núñez contrajo matrimonio con el entonces duque de Húscares y se instaló en el palacio de Liria. Más afortunada a la vida íntima del hogar y a las reuniones familiares, solía concurrir a las grandes fiestas en ocasiones solemnes. Cuidó ella misma de la administración de su gran fortuna, logrando acrecentarla; educó sus hijos y dedicó muchas horas al estudio del valioso archivo de la casa de Alba. Fruto de esta labor fueron dos libros: *Documentos escogidos* y *Nuevos autógrafos de Cristóbal Colón y relaciones de Ultramar*.

En el ejercicio de todos los sports demostró el temple de su ánimo varonil y su vigor físico. Muy aficionada a las corridas de toros y a todas las fiestas netamente españolas, concurría todos los años a la feria de Sevilla, probando su españolismo y gentileza cuando, montada sobre brioso corcel y engalanada con el sombrero calañés y la chaquetilla de alamares, precedía al ganado, entre vaqueros y pic

...transcurrir la de dar no poco que hacer to-
davía. En Londres se discute con mucho apa-
sionamiento sobre la ordenanza dada por
lord Milner.

